



SAUL BELLOW, *Ravelstein*, Debolsillo, Madrid, 2018, 256 pp. ISBN: 9786073163293.

El comienzo grandilocuente de *Ravelstein* con un propósito irrisorio es, sin duda, una de las características principales de la escritura de Bellow, atravesada formidablemente por la especulación filosófica y la meditación espiritual o la antroposofía, y puede ser extrapolado literalmente, línea tras línea, a la actualidad de América y del mundo:

Raro es que los benefactores de la humanidad sean personajes divertidos. Ese, por lo menos, es el caso de América. Si alguien quiere gobernar el país tiene que entretenerlo. En tiempos de la guerra civil la gente se lamentaba de los chistes de Lincoln. Quizá él considerase que la seriedad estricta era mucho más peligrosa que cualquier cuchufleta. Los críticos, con todo, decían de él que era frívolo y hasta su mismo ministro de Defensa lo calificó de simio.

Lo cómico del comentario lleva la ironía a otro nivel cuando Chick afirma más tarde de manera desgarradora que “es un hecho que la muerte agudiza la comicidad” (pp. 24-25). Pensar que la muerte puede ser un entretenimiento en la conversación entre dos individuos no deja de ser una forma de proclamar abiertamente lo absurdo de vivir, y es que la vida, a diferencia de la literatura, es un enigma. De hecho, Bellow ha descrito abiertamente y sin prejuicio alguno la clave de su escritura: “Creo —dice— que el corazón de las cosas está en la superficie de las mismas cosas” (p. 173), pero la superficie, a menudo engañosa y resbaladiza, oculta la profundidad. Por paradójico que pueda parecer, el tema de *Ravelstein* no es, sin embargo, el propio Ravelstein, sino la muerte hasta tal punto preconcebida de Ravelstein que se convierte en su legado para el mundo entero, tal como había sucedido antes en *El legado de Humboldt*. Cuando, cinco años antes de morir, Bellow publicó *Ravelstein* en 2000, tenía ya ochenta y cinco años y el legado de Ravelstein, por decirlo así, suponía la clave de lectura que confirmaba el motivo de un sentido homenaje a la amistad, la promesa cumplida de una vida en deuda con el milagro de la existencia. Por ello, que la muerte fuera el legado de Ravelstein resulta una metáfora abrumadora de la vida que debe poner en guardia al lector respecto al hecho de que alguien sea juzgado por la forma en que muere. El argumento es capcioso, aunque Chick, el propio Bellow, especifica poco después que el significado del legado de Ravelstein era que “él [Ravelstein] moriría antes que yo” (p. 25). Pero la idea de anticiparse a la muerte no es una idea natural, sino que representa una concepción de la verdad que es parte, desde la antigüedad, de una tradición de pensamiento menos conocida o esotérica que, remontándose a Platón, el propio Ravelstein se ocupa de enseñar bajo el influjo directo de Felix Davarr. Si la muerte, como insiste Chick en defender, consiste en el cese de las imágenes, entonces la imagen de la muerte no constituye la muerte de la imagen, sino que “nadie, en el fondo de su mente y en el fondo de su corazón, cree que vayan a cesar de veras las imágenes” (p. 245). Las ideas platónicas que son eternas conformarían, y confirmarían, la imagen de las imágenes que sobrevive al

materialismo ateo de Ravelstein barnizado de platonismo y, en última instancia, de una versión tardía del judaísmo. Académica y erudita, la filosofía de Ravelstein resulta ser la antítesis de la obra literaria del propio Bellow, en menor medida también académica y erudita a su modo, extraordinariamente contaminada por la filosofía. Así, la escritura exotérica de *Ravelstein* es precisamente el modo de saldar la deuda con la filosofía por parte de Bellow y no solo con el propio Ravelstein. *Ravelstein* mostraría, en efecto, la aspiración sincera del autor a la comprensión más allá de la observación del mundo.

Es un hecho conocido que la verdad es implacable respecto al progreso del conocimiento. En otras palabras, cuando la grandeza del pensamiento se aleja de la inmensidad de la vida, la profundidad es reducida a los mundanos placeres inmediatos y, con ello, el desorden está justificado como modelo de comportamiento. Aunque miembro por derecho propio del canon occidental según Harold Bloom, Bellow no ha inventado nada.

Las novelas de Bellow son a menudo prácticamente indistinguibles de la biografía —desde su primer libro *El hombre en suspenso* que preconiza el resto hasta al menos *Ravelstein* pasando por *Herzog* y *El legado de Humboldt*, sin duda sus mayores logros—, si bien la novela es posiblemente el género más flexible a la hora de seleccionar y diseccionar un acontecimiento cualquiera. La novela moderna entendida como biografía tiene su precursor en *David Copperfield* de Dickens, pero la biografía no puede soslayar la clásica fuente original de *Las confesiones* de Agustín que elevarían el conocimiento socrático de sí mismo a la categoría de la creencia individual. Como si hubiera llegado a un equilibrio necesario al eludir el pasado, Emerson escribió en su diario que los logros y los talentos no pueden siquiera compensar la falta de creencia. Es posible que la escritura de Bellow, así como la mayoría de las vidas de todas las personas, adolezca en el fondo de la falta de reconocimiento de una verdad última. A diferencia del contrapunto de un sufrido Herzog, Ravelstein, alter ego de Allan Bloom, amigo íntimo de Bellow, autodenominado Chick en la novela, y discípulo directo de Felix Davarr, alter ego del filósofo político alemán Leo Strauss, es una especie de héroe intelectual, milagrosamente autoemancipado y libre, como la mayoría de las figuras heroicas de Bellow, a menudo nada consistentes y proclives a salvaguardar las apariencias en un mundo de por sí terriblemente ilusorio, que trabaja como profesor de filosofía en la universidad de Chicago, la ciudad de ominosos contrastes que representa el feroz capitalismo americano donde transcurre la mayor parte de los libros de Bellow, y se hace famoso y millonario, siguiendo el consejo de Chick, tras la publicación de un ensayo filosófico sobre la mentalidad americana. Se trata de alguien carismático y extrovertido, de apariencia un tanto desconcertante y sexualidad ambigua, con grandes contactos en el que él mismo llama el mundo de la Gran Política, que vive absorto en el lujo y las fiestas, siendo el centro de atención para sus alumnos, en detrimento de su propia salud. Como todo gran conversador, la omnisciencia de Ravelstein lo convierte en una fuente de sabiduría para el resto, lo que resulta ser la clave de su disciplina interior y valor. Todos los héroes fatídicos de Bellow tienen en común el carácter discontinuo que acompaña al desdoblamiento de la personalidad, un rasgo de inmadurez propio de una falta de desarrollo emocional e intelectual que deja entrever, por decirlo así, el hecho de que la conciencia es tardía por naturaleza. Sabiamente, el poeta John Keats dijo que imaginamos después. Igual que el resto de los personajes de Bellow de tinte filosófico, Ravelstein alcanza una lucidez inesperada, sorprendentemente en medio del diálogo, en los momentos de gran tensión.

Ravelstein y Chick representan respectivamente el conflicto entre Atenas y Jerusalén de acuerdo con la nomenclatura de Leo Strauss, excepto cuando al final de

la novela la música acaba predominando sobre Atenas como un sentimiento abstracto subliminal que refleja la condición de Jerusalén, el antinomismo de las “grandes pasiones” y la evitación del mal (p. 65). Bellow califica a Ravelstein de lo que ha delimitado como “personalidad”, por contraposición a “espíritu”, sugiriendo una carga más fuerte a la hora de mantener el vínculo de uno con el mundo. A Ravelstein se le llama una “fuerza vital”, una personalidad que, característicamente, “se desbordaba sobre todas las épocas” (pp. 82-83), y configurada convenientemente a partir de una mezcla de arcaísmo y modernidad que había hecho de Ravelstein un objeto de curiosidad. La incompatibilidad clásica entre los hechos y las ideas que le lleva a Bellow a justificar la amistad contribuye de este modo a la comprensión y a la solución posible del conflicto entre Jerusalén y Atenas en los términos de la amistad, siempre y cuando la filosofía sea reconocida como “un trabajo duro” que consiste en que el filósofo, Ravelstein, “vive de acuerdo con sus ideas” y, por tanto, no está muerto en vida, mientras que, como un simulacro de la vida, el escritor, Chick (Bellow), “hace lo que puede con los hechos” teniendo en cuenta que “sin la enseñanza —y la enseñanza es la vocación de Ravelstein, no la filosofía— el judaísmo sería imposible” (p. 115). En conclusión, la enseñanza del judaísmo sería equiparable a la vida filosófica en la medida en que los hechos se correspondan con las ideas, entendiendo por ideas aquello que está más allá de la realidad aparente del mundo y de las cosas.

Arraigados en la especulación del monólogo interior y en el círculo vicioso del diálogo, los libros de Bellow pueden leerse como un vehículo de confesión por parte del escritor excepto porque en ellos hay demasiado de acusación, a falta de toda justicia poética y de progreso en el transcurso de los acontecimientos, siempre idénticos unos a otros. En consecuencia, el uso de lo que Bellow ha dado en llamar la *violencia metafórica*, en una suerte de autoconfesión de la comedia, permite la proximidad entre el sujeto y el objeto de interpretación, entre la percepción de la realidad y la realidad misma, de tal modo que ese conocimiento lo despoja a este último de sus atributos humanos y vuelve en realidad más humana la asociación (pp. 169-170). No parece, visto así, que la escritura de Bellow, paralelamente a lo que sucede con sus personajes, haya madurado con el paso del tiempo. Sus personajes sobreviven, aún en medio de una confusión mental permanente, en su interioridad, una riqueza interior que continúan atesorando a pesar de las peores circunstancias, y que los posee involuntariamente, sin llegar nunca a ser ejemplares para nada. Sumidos caóticamente en la búsqueda permanente del sentido de su existencia, perdidos entretanto en las antípodas de la realidad cotidiana, los hombres son minusvalorados en gran medida por las mujeres, incapaces de encontrar un poder transformador para su existencia que no sea susceptible de ser una vía de escape. Da la impresión, no obstante, de que el verdadero héroe de los libros de Bellow es el propio escritor que, a la luz de los acontecimientos, se ocupa de registrar, en la forma de la escritura de ensayo, la incertidumbre que acompaña a la verdad de la que solo él es dueño. Bellow querría señalar implícitamente con ello que la literatura supone una realidad viva, no fantástica como la de Wells, en un mundo inerte presumiblemente en vías de extinción.

Antonio Fernández Díez